

FOLLETIN DEL DIARIO "LA PATRIA"

¡¡CHIST!!...

POR

LUIS COLOMA J. S.

GUATEMALA C. A.

IMP. "LA PATRIA"—6a AV, SUR, NO. 1



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Universidad Francisco Marroquin

<https://archive.org/details/chistguat>

¡¡ CHIST !!.....

—Eva, engañada por los Jesuitas, alargó la manzana a Adam, que confiaba en los Jesuitas.—Caín, seducido por los Jesuitas, mató a su hermano Abel, que se había fiado de los Jesuitas.

VEIS esa modesta casa, silenciosa en medio del bullicio de la populosa X**, cuyas ventanas jamás se abren, cuya puerta entornada revela cierta apariencia de misterio, cuyos muros cuarteados presentan ese color negruzco, que en los edificios precede a la ruína, como en los hombres precede la palidez a la muerte?

Pues esa casa, lector amable, esa casa es..... una casa de Jesuitas!!!

Aquí el lector amable se espeluzna, da un salto, y entre asustado y curioso, recorre desde el portal al tejado la fachada de aquella casa misteriosa: cree divisar tras de la puerta al P. D'Aigrigny, en la ventana a Mademoiselle de Cardoville, en el balcón al indio De-jhar, en el tejado a la Princesa de Saint-Dizier, y asomando la cabeza por la chimenea a Rodín, al pérfido Rodín, que se cala los anteojos para ver lo único que el lector amable no divisa: los cien billetes de mil fran-

cos que el Señor Eugenio Sué se embolsa, por la exhibición de estos calumniosos personajes en el folletín de *El Constitucional*; tinglado en que la propaganda revolucionaria armó su máquina de segar Jesuitas, allá por los años de 1848.

Son las siete de la mañana: llovizna, y hace frío; pero el lector amable espera coger el hilo de algun tenebroso enredo, que ha de asomar por la ventana o por el tejado, y sigue firme en su observatorio, sin más resguardo contra la intemperie que su curiosidad, fijos siempre los ojos en la puerta de la misteriosa casa, a la sazón cerrada.

Suena el ruido de un cerrojo que se descorre: al lector amable le da un vuelco el corazón, y jura y perjura que ha oído también un rumor pavoroso de cadenas, semejante a los que resuenan en los cuentos de encantamientos, cuando se abre el techo para dar paso a la cabeza de un descomunal gigante, que con voz lastimera pregunta por tres veces antes de caer:—¿Caigo o no caigo?..... Abrese por fin la puerta, y aparece un sombrero de teja.....

—¡Ya está el torito en la plaza!—se dice a si mismo el lector amable, refugiándose, sin saber por qué, detrás de una esquina.

El sombrero de teja comienza a salir por grados y en bastante tiempo, porque es muy largo, y a medida que el sombrero avanza, avanza también el pescuezo del lector amable, y se abren más sus ojos: aparece por fin todo el sombrero, y debajo de él una cabeza, y más abajo unos hombros, y luego una sombra negra, y por úl-

timo, un Jesuita de cuerpo entero, que lleva—¡Virgen Santísima!—debajo del manteo, un bulto de medio metro de largo!!!

Un vapor de la compañía trasatlántica no puede ser, porque abultaría más; una máquina de coser de Singer, tampoco, porque abultaría menos. El lector amable queda convencido de que aquel bulto misterioso no pertenece a las industrias explotadas por los Jesuitas para aumentar sus ya fabulosos caudales, y sigue discurriendo por el terreno de las hipótesis. Dase al fin una palmada en la frente, capaz de hacerle saltar los sesos, en el caso de que los tenga, y se fija en una de estas dos opiniones, igualmente probables:

—¡O es un secreto de confesión..... o es el cadáver de un niño a que han extraído la sangre, para fabricar el elixir de la vida, como los vampiros de Alemania!.....

Mientras tanto, el Jesuita se santigua devotamente, al salir, deja cerrada la puerta, y comienza a caminar con los ojos bajos y el misterioso bulto cuidadosamente encubierto bajo el manteo. Es un mocetón de seis pies de alto, con una cara de, viva la Virgen, y una boca de risa, que inspiran al lector amable los más serios cuidados, por aquello del peligro que suelen ofrecer las aguas mansas. Lleva la sotana muy corta, y el manteo aún más corto que la sotana; cosas ambas que preocupan al lector amable, incapaz de suponer temerariamente, que el difunto era más corto: preciso es que

aquello signifique algo, como en efecto algo significa, que no acierta a comprender el lector amable (1).

Bien quisiera ésta seguir los pasos al Jesuita; pero en aquel momento cree distinguir en la primera de las ventanas una luz, que corre cual una exhalación, de la primera a la segunda, y de esta a la tercera, y de la tercera a la cuarta; y como carece de aquel ojo giratorio que, según opinión de algunos, tienen los habitantes de la luna en la punta del rabo, y no es por otra parte bizco, para mirar con un ojo a la luz que desaparece, y con otro al Jesuita que dobla ya la esquina, se queda clavado en su sitio, sin saber qué partido tomar, como el cazador que, queriendo tirar a dos liebres al mismo tiempo, pierde la pista de ambas.

La calle sigue desierta y la casa silenciosa; poco a poco comienzan a oírse mil ruidos de la mañana, que anuncian el despertar de las grandes poblaciones, como los prolongados bostezos del perezoso, que no acierta arrancarse del lecho. Gritos lejanos de vendedores ambulantes; sonoras campanillas que anuncian a las burras de la leche; ruidos de carros que llevan provisiones a domicilio; graves campanadas que llaman al cristiano a Misa.

Obreros que van al trabajo, mujeres que se dirigen al mercado, devotos que acuden al templo, comienzan

(1)—Los Hermanos Coadjutores de la Compañía usan la sotana y el manto más cortos de lo que suelen usarlos los Estudiantes y Sacerdotes de la misma.

a transitar, sin que el lector amable abandone su puesto, ni se desanime tampoco al oír sonar las ocho en un reloj vecino, sin que el Jesuita misterioso haya vuelto a su nido, ni la puerta y ventanas de éste hayan dejado asomar otro dato, que concuerde con aquella sotana corta y aquel bulto encubierto, que han exacerbado, más bien que despertado, la curiosidad del lector amable. Este dato aparece al fin por el extremo de la calle, en figura de una vieja, cuyas trazas de Celestina la hacen digna de ocupar la presidencia de cualquier aquelarre: camina a pie, y no montada en una escoba como el lector amable se figuró al principio, y viene examinando detenidamente las fachadas de todas las casas. El lector amable frunce el ceño y clava en ella su mirada de águila, y al ver que la vieja se detiene ante la puerta de los Jesuitas dispuesta a llamar, deja escapar un significativo—¡Ta, ta, ta!—que revela claramente su vehementísima sospecha de que aquella vieja no es vieja, sino viejo, y este viejo, no puede ser sino algún emisario del General de los Jesuitas, que viene disfrazado. Porque justamente a aquella hora llega el tren directo de Francia, y puesto que por todas partes se va a Ronma, natural y verosímil es que de Roma se venga por todas partes.

La vieja, sin embargo, parece mudar de opifiión repentinamente, y en vez de llamar a la puerta se sienta en el umbral, se acurruca contra el quicio, y deja tiempo al lector amable para hacer sobre su ruin persona todas las suposiciones que su perspicacia le sugiera,

Este alarga el cuello cuanto puede, y siente no tener a mano el antejo de Parsontown, para averiguar si la misteriosa vieja tiene bigote; porque no es probable que el tal emisario, haya tenido tiempo de afeitarse viniendo de camino, y si en el rostro de la vieja se descubren barbas nacientes, señal cierta y evidente es, de que bajo aquellos mugrientos harapos, se oculta un espía del terrible personaje que designan los francmasones con el nombre de *el Papa negro*.

De repente se pone la vieja de pie, derecha como un huso: asustado el lector amable retrocede un paso, porque realmente tiene la vieja bigote y aún barba a lo Coradino, y ve entónces que aparece el Jesuita a lo largo de la calle, y se adelanta hacia la vieja, siempre con los ojos bajos, caminando pausadamente, y con el misterioso bulto escondido debajo del manteo. El Jesuita y la vieja entablan a la puerta de la casa un breve diálogo, que termina sacando aquella del seno una carta bien arrugada, que pone en manos de éste. Abresele al Jesuita el manteo al extender el brazo para tomarla, y queda descubierto a los ojos del lector amable el misterioso bulto: es un canasto de regular tamaño, en todo semejante a los que se usan para hacer la compra en el mercado. Un ligero movimiento del presunto vampiro inclina el cesto por una punta, y escurriéndose por debajo del manteo, cae al suelo una cosa!..... una cosa que eriza los pelos del lector amable, y trae a sus labios una exclamación de horror; una cosa roja, que ha salido del canasto, y que cualquiera tomaría por un colosal pimiento, que si no es riojano merece serlo.....

—¡Una gota de sangre!!!—exclama el lector amable, sintiendo que toda la suya refluye al corazón; y porque el terror clava sus pies en tierra y paraliza su garganta, no comienza a gritar:

—¡Auxilio!..... ¡favor!..... ¡socorro!..... ¡al asesino!..... ¡en el canasto lleva un cadáver!.....

Sus ojos extraviados buscan en vano un polizonte, y mientras gira sobre un pie con la velocidad de un anemómetro en día de huracán, el Jesuita se disuelve y la vieja se evapora, quedando tan sólo ante su vista la casa misteriosa, con sus ventanas cerradas como un secreto sin descubrir, y su puerta entornada como una duda sin resolver.

Las horas pasan y ningún polizonte llega; el lector amable vela sin embargo por la seguridad pública, anotando en su cartera los datos que ha recogido, y los que piensa recoger, acerca de aquellos criminales enredos que va desenmarañando su perspicacia. A las once y media, otro dato capaz de resolver la cuadratura del círculo, y dar con las fuentes del Nilo, asoma esta vez por la ventana. Abrese una de ellas cautelosamente, y asoma la punta de un bonete; una fisonomía torva, cejijunta y de diabólico aspecto aparece debajo, y se retira con rapidez al notar que algunos transeuntes cruzan la calle: vuélvese a asomar pasados algunos momentos, y al ver que la calle aparece entonces solitaria, ata rápidamente un pañuelo blanco a la reja de la ventana, y se retira con presteza cerrando las vidrieras.

—¡Un sudario!..... ¡El sudario en que iba envuelto el cadáver!—exclama el lector amable, anotando en caracteres que el temblor hace arábigos, este nuevo des cubrimiento.

La noche llega, la lluvia arrecia, y el lector amable sufre impávido el frío y el aguacero, con el lápiz en una mano, la cartera en la otra, y fijos los ojos en aquel paño blanco que pende lacio de la ventana, presentando a su imaginación las huellas todavía impresas de aquel cadáver de que vió él chorrear tan enormes gotas de sangre. Comienzan al fin los vecinos a cerrar sus puertas, y los Jesuitas, marchando siempre en dirección opuesta a la de toda la humanidad, que abre de día y cierra de noche, franquean entonces de par en par su misteriosa puerta: el vampiro de sotana corta aparece en el zaguán, y apaga el moribundo farol, que esparcía en el interior del portal sus lívidos reflejos.

—¡Tinieblas!—apunta el lector amable, tiritando de miedo y no de frío. Región de los murciélagos, hienas, ratas, lechuzas y demás aves nocturnas! El crimen odia la luz y apaga los faroles.....

Una racha de viento colado corta su inspiración, provocándole un estornudo capaz de desnucar a un toro, si un toro estornudase, y una punzada reumática le avisa caritativamente desde la pierna derecha, que sin botines de *mackintosh* no se puede desafiar a la humedad, pérfida aliada de los Jesuitas, que les ha servido más de una vez de agua tofana. Mas aquella puerta cerrada cuando todas se abren, y abierta cuando todas se cierran, promete vomitar paquetes de misterios y

manojos de intrigas, que bien valen unas friegas de *opodeldoch*: y porque la curiosidad del lector amable se ve atraída hacia aquel boquerón negro, con la misma violencia con que el pobre pajarillo a la venenosa boca de la serpiente, queda encadenado a la esquina, por ese irresistible deseo de averiguar lo desconocido, común al filósofo, al polizonte y al impertinente.

Al sonar las once, un coche que parece de alquiler se detiene a la entrada de la calle: un hombre alto, derecho, envuelto en un carrik que le tapa las orejas y le llega a los tobillos, se apea, y atravesando rápidamente la calle, entra sin detenerse ni titubear en la casa de los Jesuitas.

Pasan tres horas, tres horas mortales, en que el lector amable se devana los sesos por concordar aquel paso rápido, aquel aspecto erguido, aquella cierta fosforescencia y olorcillo del otro mundo que cree notar en nocturno visitante, con lo que ha visto en retratos y leído en biografías de Bismark, Torquemada, Maquiavelo, el gran Copto y la sombra de Nino, y cuando queda ya convencido de que el hombre en cuestión no puede ser otro sino lord Ruthewen, el vampiro de Byron, sale éste con la misma rapidez con que ha entrado, sube al coche precipitadamente, y arranca el vehículo con un galope que recuerda al espantado lector amable, aquella balada popular alemana:—¡Hop, hop! ¡caballo mío!..... ¡Tus alas son el crimen; tus herraduras las uñas de Luzbel!.....

La puerta de los Jesuitas se cierra, el ruido del coche se pierde a lo lejos, el sereno canta las dos, y las

sombras de la noche se van tornando de negras en pardas, de pardas en blanquecinas, sin que el lector amable recoja otro dato. Lo único que coge es un catarro crónico, que le obliga a tomar pastillas del Doctor Andren, y a ir todos los años a Panticosa, donde en confianza cuenta al doctor, y repite a todos sus comensales, que las criminales intrigas y enredos misteriosos de los Jesuitas, son la verdadera causa de su estado lamentable.

Y no se tenga esto por exageración de parte agraviada; que más de una calumnia levantada a los Jesuitas reconoce menos fundamento que el catarro crónico del lector amable.

Completamos ahora los apuntes recogidos por éste, con algunos datos de nuestra propiedad exclusiva (1).

(1)—El hecho que vamos a narrar es rigurosamente histórico. Callamos por prudencia nombres y fechas, y advertimos al lector que el suceso no tuvo lugar en España.



II

EL H. Domingo había hecho una hora de meditación ante el Santísimo Sacramento, siguiendo su distribución ordinaria, y ayudado luego la Misa al R. P. Superior. Después de terminados sus deberes de Marta, comenzó a desempeñar sus funciones de María: puso a hervir un pucherito de agua, para preparar las tres jícaras de chocolate, que servían de desayuno a los tres únicos Padres que a la sazón se hallaban en casa; tomó él por su parte, de pie, en la cocina, una taza de café, bebido, con un pedazo de pan seco, y encubriendo después un canasto debajo del manteo, se fué como todos los días a hacer la compra en el mercado, acariciando una idea que de mucho tiempo antes proyectaba.

Era el 3 de diciembre, fiesta de San Francisco Javier, Apóstol de las Indias, y Patron de los misioneros de la Compañía, y el H. Domingo había decidido contribuir a la fiesta, presentando en la humilde mesa de la Comunidad un plato de su inventiva. Porque era el H. Domingo una especialidad en su género: genio atrevido y algún tanto nebuloso; verdadero *Goethe* de los cocineros, despreciaba los clásicos preceptos de Apicio en su libro *de re culinaria*, para despeñarse en un océano de salsas románticas, con que pretendía hacer pasar las patatas

por faisanes, y las judías por pechugas de pollo; salsas capaces de resistir a todo análisis químico, que debieron de inspirar a Veuillot, huésped por tres días en una casa de Jesuitas, aquella dolorida frase:—*O Jésuites! étant ce que vous êtes, que n'avez-vous de meilleurs cuisiniers?.....* (1).

La pobreza cortaba las alas al genio culinario del Hermano Domingo, y por eso se había fijado tan sólo en unos modestos pimientos rellenos: compró, pues, en el mercado como extraordinario cuatro de éstos, dignos por su tamaño, color y figura de servir de gorro frigio al mismo Washington en persona, y tomó de nuevo el camino de su casa, absorto en combinar los ingredientes del relleno, con esa pureza de intención, con esa santa sencillez propia del alma justa y verdaderamente espiritual, que gana tanto cielo al pie de una hornilla como en lo alto de un púlpito. Encontróse en la puerta con una vieja de malísima catadura, que le preguntó si podría hablar dos palabras con el P. Antonio.

—Su Reverencia estará en el confesonario,—contestó el H. Domingo.

La vieja pareció quedar contrariada e irresoluta, y sacando al fin una carta del pecho, la dió al Hermano, suplicándole la entregase al P. Antonio con la mayor urgencia. Domingo le prometió que así lo haría, y entrándose en la casa, dejó la puerta, como tenía de costumbre, un poco entornada.

(1)—¡Oh Jesuitas! ¡que siendo lo que sois, no tengáis mejores cocineros!.....

Mientras tanto, el P. Superior había entrado en su cuarto, con aquel aire entre apresurado y satisfecho, propio del que libre ya de otras ocupaciones, espera entregarse descansadamente a una que le es favorita. Era un hombre de gran viveza, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni joven ni viejo. Sólo una cosa había notable en su fisonomía: la mirada. Una mirada que despedía a veces esos relámpagos de inteligencia que revelan al genio, a veces esos destellos de piedad que denuncian al santo. Porque era aquel Padre cierto famoso publicista cuyas obras corren traducidas en todos los idiomas, guiando a todas las inteligencias; cierto varón ejemplar, que supo resistir a la adulación y despreciar la calumnia, parapetado tras una sola máxima de un libro precioso.—*No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.* Santa verdad de Pedro Grullo, tan difícil de comprender a quien no tiene en el corazón el espíritu entero de ese libro admirable, que lleva por título *Contemptus mundi*. *Desprecio del mundo.*

Había en uno de los extremos del aposento, cerca de la ventana, una mesa de verdadero sabio: papeles, folletos, manuscritos, libros antiguos y modernos, abiertos y cerrados, en lenguas vivas y muertas, la cubrían por todas partes, y descollando entre todos aquellos monumentos del saber humano, elevábase en medio ese otro monumento del saber y del amor divino, libro de par en par abierto a todo el que quiere buscar en sus cinco páginas, caminos seguros, dudas resueltas, esperanzas fundadas.—¡Un crucifijo!

El P. Superior se detuvo junto a la mesa el tiempo necesario para sacar su tabaquera y tomar un polvo de rapé: hojeó mientras tanto varias revistas y periódicos llegados el día antes; leyó tres líneas de un artículo alemán que encomiaba su última obra, y murmurando entre dientes:—Antes que me lo dijeras tú, me lo había ya dicho el diablo,—los arrojó sobre la mesa, y se puso a hacer su cama, oculta en un rincón, detrás de una cortina blanca. Su Reverencia, a fuer de grande hombre, iba siempre a lo sustancial, y por eso la cama quedó bien pronto arreglada sustancialmente, con los pies más altos que la cabecera, las almohadas torcidas, y la colcha arrastrando por un lado y en alto por el otro, con una notable falta de simetría y de gracia.

Arrodillóse después en un reclinatorio de pino sin pintar, sobre el cual se hallaba colgada una estampa del Sagrado Corazón y otra de San Ignacio, y rezó devotamente el *Acciones nostras, etc.* Entonces dejó escapar un suspiro de bienestar, como quien dice:—¡Ya estamos listos!—y sentándose en un sillón, comenzó a revolver libros y papeles. Poco a poco fuése animando su fisonomía, coloreáronse sus mejillas, y centelleáronle los ojos: entonces cogió la pluma y se dispuso a escribir. Mas antes, tomando una fotografía de la Virgen que se hallaba al pie de crucifijo, le estampó un beso, con la sencillez y gozo infantil con que un niño besaría a su madre, y exclamó en voz alta y vibrante:—*Quot grammata scribam, tot laudes tibi persolvo (1).*

[1]—Quisiera darte tantas alabanzas cuantas letras escribiere,

En el mismo momento sonaron dos golpes en la puerta. El pobre P. Superior volvió angustiado hacia ella los ojos, miró luego la blanca cuartilla que le convidaba a escribir sus conceptos, y sin soltar la pluma, dijo al fin pacientemente:

—¡Entre!.....

Entró entónces otro Jesuita, joven, pausado en sus movimientos, cuyo rostro reflejaba una extraña mezcla habitual de serenidad y cansancio moral, parecida a la que retrataría el semblante de un ángel desterrado en la tierra. Adelantóse pausadamente, con el bonete en una mano, y la carta entregada por la vieja al H. Domingo en la otra. Era el P. Antonio.

—¡Cúbrase, Padre mío, cúbrase por Dios!—exclamó el P. Superior al verle; y con un tonillo apresurado, que revelaba, sin quererlo él, su deseo de terminar pronto, añadió: ¡Qué hay, Padre mío, qué hay?.....

El P. Antonio comprendió que llegaba a mala hora, y replicó volviéndose hacia la puerta:

—Si está ocupado V. R.,.....

—¡Oh, no!..... ¡digo, sí!..... pero no importa..... Ese Damiron las cuaja en el aire, y en este momento iba cogiendo el hilo de su ovillo..... Se empeña en que la libertad del hombre cesa donde comienza la presciencia divina, y..... pero diga, Padre mío, diga.....

Y el buen P. Superior miraba desconsolado la cuartilla de papel en blanco, conociendo al mismo tiempo que el ovillo de Damiron se le enredaba de nuevo.

—Hágame V. R. el favor de leer esta carta,—dijo el P. Antonio, tendiendo al Superior la que tenía en la mano.

—Léala, Padre mío, léala Ud. mismo, y me ahorra trabajo,—replicó éste, que luchaba a brazo partido por retener en la memoria todo lo que antes le ofrecía el entendimiento.

—Es de una pobre alma extraviada, que quiere volver al redil,—dijo el P. Antonio, comenzando a desplegar la carta.

—¡Pues abrirle de par en par el aprisco!—exclamó el P. Superior con vehemencia. Y como si ya no tuviese otra cosa que hacer, soltó la pluma, se quitó las gafas, y echándose atrás en el sillón, cruzó las manos y comenzó a dar vueltas a los pulgares.

El P. Antonio leyó pausadamente:

“La gracia del Espíritu Santo sea con V. R.....”

—¿Eh?—le interrumpió el Superior, haciendo un mohín de extrañeza.

—Que la gracia del Espíritu Santo sea con V. R.—replicó el P. Antonio.

—¡Amén!—dijo el Superior, meneando la cabeza; y tomando un polvo de su tabaquera, añadió: Adelante, Padre mío. adelante.

“Un alma desvalida, prosiguió el P. Antonio, acude a su caridad, suplicándole por los méritos de nuestro adorable Redentor, y de su Santísima Madre, concebida sin pecado, que no desoiga sus ruegos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo ha movido mi corazón, y deseo confesar mis culpas, para lavar mi alma en las saludables aguas del sacramento de la penitencia. Esto me expone, sin embargo, a grandes peligros, porque hace treinta años que el enemigo común del linaje hu-

mano me precipitó en las sociedades francmasónicas; y si los sectarios sospechan que he ido a confesarme, comprometiendo sus secretos, me asesinarían sin piedad en la primera ocasión. Por eso, después de pedir auxilio al Padre de las luces, he imaginado un plan salvador, que sujeto a la aprobación de V. R., y que sin duda me ha inspirado el Espíritu Santo, deseoso de salvar mi alma. Mande V. R. que esta noche a las once esté abierta la puerta de su casa, y apagadas las luces del zaguan y la escalera; abra V. R. la puerta de su aposento, que cae frente a frente de esta última, y espéreme allí, también a oscuras; porque así podré llegar a sus pies y confesarme, sin riesgo de que nadie reconozca la persona de este ruín pecador, que se ve acechado por todas partes.

"Le pido, Padre, por las entrañas de Jesucristo nuestro Señor y Dios, que guarde acerca de esto el mayor secreto, y no desprecie estas súplicas de que pende la salvación de mi alma; y si consiente al fin en lo que le propongo, ate un pañuelo blanco en la reja de la segunda ventana de su casa, antes de las doce del día de hoy, 3 de diciembre de 18**"

—Y por toda firma,—concluyó el P. Antonio, con la misma calma con que había leído, hay al pie de la carta una cruz.

—Detrás de la cual asoma los cuernos el diablo,—replicó el P. Superior con viveza.—¡Sí, Padre mío, sí! —prosiguió con su vehemencia natural, viendo que el P. Antonio le miraba extrañado; el diablo, que por esta vez quiso hacerlo tan calvo, que se le saltaron los se-

sos..... Porque, mire, Padre mío: un pez de ese calibre, que se arrepiente, da gritos, y sollozos, y hasta rugidos..... pero no se expresa en esos devotísimos términos, que parecen dictados por una monja escrupulosa, que va a confesarse de que dijo al gato—¡zape!—con alguna impaciencia..... En una palabra, Padre mío: esa carta amanerada no está *sentida*; luego es falsa.....

—¿Pues de quién puede ser entónces?.....

—De cualquier bribón que quiere cobrar al Padre Antonio alguna que éste le ha hecho.

El P. Antonio abrió de par en par sus ojos, cándidos y puros como los de un niño, y preguntó afligido:

—Pero sabe V. R. de alguien a quien haya podido yo hacer daño?.....

—Sí que lo sé, Padre mío, sí que lo sé..... Todos los días le está dando malos ratos al diablo..... Cada alma que le arranca es una muela que le saca..... Fíjuese si es verosímil que le haya dirigido una cartita tan devota, por mano de cualquiera de sus secretarios.

—Pero dice tan explícitamente que quiere confesarse.....

—Pues claro está, que no ha de decir que le quiere sacar los ojos!..... Y si no, vaya atando cabos, Padre mío: usted trae revuelto a todo X** con sus Círculos de obreros, sus misiones, sus trabajos continuos en las cárceles, en los hospitales, y donde quiera que puede cazar para Cristo una alma, por ruín que sea..... Todos los días caen en su confesonario peces del mayor

calibre, que iban ya en posta camino del infierno, y ya los periódicos de la secta comienzan a ocuparse del Padre Antonio..... Hace dos días, nada más que dos días,—fíjese en esto, y no me diga una palabra de ello,—ha confesado V. a un francmasón moribundo, gran personaje en la secta, a quien Dios nuestro Señor, en sus altos juicios, ha mirado con misericordia en su última hora..... Y he aquí que a los dos días, justamente a los dos días, otro masón devotísimo, que conoce palmo a palmo nuestra casa, pues hasta sabe que su aposento de V. cae frente a la escalera, se siente movido por la gracia del cielo a confesar sus culpas con el P. Antonio, a media noche, a oscuras y con las puertas abiertas para poder entrar, y claro está que también salir, sin el menor riesgo..... Y todo esto inspirado por el Espíritu Santo..... ¡hum!..... Mucho tiene que soplar sobre mi el Espíritu Santo, si quiere inspirarme que me trague este anzuelo.

El P. Antonio escuchaba al Superior con los ojos bajos, arrollando la carta entre sus dedos, que temblaban.

—Pero ¿y si es verdad, Padre?—dijo al fin..... ¡Lo pide en nombre de Jesucristo!.....

Había tal humildad, tal unción, y al mismo tiempo tanta ternura en estas últimas palabras del P. Antonio, que el buen Superior se sintió conmovido.

—Pero, hijo de mi alma,—exclamó, saltando del sillón, y acercándose a él con los brazos abiertos como si fuese a abrazarle. Y ¿si es mentira, como presumo?..... Y ¿si no es más que un enredo, que acaso hasta ponga en peligro su vida?.....

—Y ¿qué importa?,—replicó el P. Antonio, encogiéndose de hombros.

—¡A V., nada!..... Pero a mí, y a la Compañía, y a la gloria de Dios, mucho ¡Claro está! eso de morir con los zapatos puestos, y entrar en el cielo pronto y de un salto, es muy cómodo y muy del gusto del Padre Antonio; pero falta saber si lo será también del de nuestro Señor Jesucristo..... Muy santo es morir pronto en la brecha, Padre mío; pero más santo es vivir mucho en la brecha, y morir tarde en la brecha..... Acuérdesse, Padre mío, acuérdesse que la mies es mucha y los operarios escasos, y no se olvide tampoco de que, unida a la prudencia de la serpiente, es como recomienda el Señor la sencillez de la paloma.

—Es cierto, Padre..... Pero cuando se trata de la salvación de un alma, preferiría engañarme pensando bien, a acertar pensando mal.

—Distingo, Padre mío, distingo..... Engañarse no sacando nada, concedo: engañarse sacando..... quizá un hueso roto, *negó*, Padre mío, *negó*.

—Entonces juzga V. R

—Que no debe pensar más en eso, y esperar las once de la noche durmiendo tranquilamente, que harta falta le hace.

—Está bien, Padre,—dijo humildemente el P. Antonio, dirigiéndose a la puerta. Lo dejaremos todo en manos del Señor.

—En buenas manos lo deja, Padre mío, en buenas manos lo deja,—contestó el Superior, acompañandole. Con que no piense más en eso, y cuidese mucho, Padre

mío, que está muy desmejorado, y tanto trabajo le agobia..... El trabajo ha de tomarse según la medida de la santa discreción, y no se acuerda mi carísimo Padre de que por tres veces ha arrojado ya sangre por la boca ¿A que no sigue tomando la leche por las mañanas?

--¡Sí, Padre, sí!.....—¡Si me lo mandó V. R.!

—Pues leche, Padre mío, leche hasta que yo diga basta; que tomada por obediencia, le criará fuerzas y gracia de Dios.

El P. Antonio salió de la estancia, y el Superior permaneció un momento junto a la puerta, con la mano en el picaporte.

—¡Es un santo!—decía entre dientes, volviendo a su asiento; pero le chorrea todavía el agua del bautismo, y ni aún en esa carta encuentra malicia.

Mientras tanto, el P. Antonio había entrado en la capilla: era esta una pequeña pieza cuadrada, tapizada de damasco carmesí. En el altar, sobre un pedestal de mármol, y debajo de un elegante doselete, había una imagen de talle del Sagrado Corazón de Jesús: a sus pies estaba el tabernáculo de plata, y una lámpara, también de plata, ardía ante él pendiente del techo. El P. Antonio se arrodilló en un reclinatorio que había al pie del mismo altar, y apoyando la frente en ambas manos, se quedó inmóvil.

Era el P. Antonio, una de esas almas que para honra de la humanidad cria Dios, y conserva con harta frecuencia en el huerto cercado de las órdenes religiosas: modelos admirables de obediencia, castidad y despren-

dimiento, que sirven de para-rayos a la cólera divina, en medio de esos tres grandes vicios del mundo, soberbia, lujuria y avaricia, que sin cesar la provocan: almas privilegiadas, cuyo candor celestial no deslustra nunca la perspicacia de su entendimiento: que sin salir jamás de los santos limbos de la infancia, llegan a la ancianidad cargadas de saber y de experiencia, y se presentan al fin ante el tribunal divino cubiertas con el sayal de la penitencia, y llevando en las manos el lirio de su inocencia!.....

Parecíale entonces al humilde religioso, que había insistido demasiado al mostrar su deseo de hacer bien al autor de la carta anónima; creía haber tardado en rendir su juicio propio al de un Superior que representaba en el orden sobrenatural la persona de Cristo, y era en el natural un varón de consumada santidad y prudencia. Impedíale, por otra parte, su modestia encontrar en la inspiración divina la causa de aquel movimiento de celo, y atribuyéndolo a su orgullo mal domado, humillábase ante Jesucristo pidiéndole con lágrimas en los ojos que no impidiese su soberbia el bien de aquella alma en realidad arrepentida, o verdaderamente malvada y astuta.

Mientras tanto, el P. Superior se agitaba en su asiento, afanándose en vano por hilvanar de nuevo sus argumentos contra Damiron y su sistema: faltábale siempre el término medio, y en la cuartilla todavía en blanco, que tenía delante, parecíale ver en su lugar aquella carta anónima que acababa de oír, y aquella insistencia

del P. Antonio, que, por modesta y respetuosa que fuese, era siempre extraña en aquel religioso, cuya humildad encontraba toda opinión más autorizada que la suya; cuya obediencia le hacía adivinar y seguir a ciegas el mero deseo de los Superiores; cuya pureza de intención le impulsaba siempre, aún en los eventos más sencillos de su vida religiosa, por razones puramente sobrenaturales.

—¡Preciso es que el Señor le inspirase su insistencia! —exclamó al fin soltando la pluma por cuarta vez. La carta es inverosímil, pero puede ser verdadera; y ¿quién sabe si querrá el Señor sacar de aquí algo?..... ¡Jesús! ¡si fuera inspiración de Dios su insistencia!..... ¡Si con mi prudencia de tejas abajo la hubiera yo impedido!..... ¿Quién sabe si habré estorbado la salvación de un alma?..... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡no lo permita Dios..... ¡Qué ligereza la mía, qué soberbia!..... ¡Impedir lo que puede ser inspiración divina, sin consultarlo con Dios; sin guiarme más que por esa prudencia cobarde del tibio, que encuentra siempre exagerado el celo del fervoroso!..... ¡Ay, Dios mío! ¡qué bien merezco que me llamen sabio los hombres!..... ¡los hombres, que a vos os llamaron loco!.....

Y mientras esto pensaba el buen P. Superior, había-se levantado y paseaba inquieto por el cuarto, acabando al fin por dirigirse a la capilla: allí vió al P. Antonio tan absorto en sus pensamientos, que no notó su llegada. El Superior se arrodilló calladamente en un rincón, y comenzó a golpearse el pecho.

—¡Señor!—decía; por los méritos de aquel, perdona a éste, y no le niegues tus luces.

Media hora permanecieron ambos religiosos ante Jesús Sacramentado, achacándose cada cual a si mismo una culpa que en ninguno de ellos existía, mirándose en ese espejo divino de la oración, que ahuyenta los temores, aleja los intereses, desvanece las preocupaciones, enfrena la pasión, desenmascara el sofisma, y pone ante los ojos clara y brillante la base en que se ha de fundar todo juicio recto, el principio que ha de regular toda obra santa: la voluntad de Dios y su mayor gloria.

Clara debieron de conocerla ambos religiosos, cuando al levantarse el P. Antonio, se dirigió también el Superior a la puerta, y ofreciéndole agua bendita en la punta de los dedos, le dijo:

—Ponga el pañuelo, Padre mío,—ponga el pañuelo.

El P. Antonio le miró con una expresión indecible de sorpresa y de alegría.

—Sí, Padre mío,—póngalo..... Por supuesto, que no se lo mando..... se lo permito, si quiere..... si no teme.....

—¿Temer?—exclamó enérgicamente el P. Antonio.
—*Dominus, protector vitæ meæ, a quo trepidabo?... (1).*

—¡Es cierto!—replicó el Superior bajando humildemente la cabeza; *quem timebo?..... (2).*

[1]—El Señor es el protector de mi vida; ¿de quién he de temblar?

[2]—¿A quién he de temer?

A las diez tocó el Hermano Domingo, como todas las noches, la campana que anunciaba a los religiosos la hora del descanso. El Superior había mandado al tercero de los Padres que en la casa residían, que no se acostase, y permaneciese en su aposento pronto a acudir a cualquiera voz o ruido extraordinario. Llamó luego al Hermano Domingo, y ordenóle abrir de par en par la puerta de la calle, y bajar las luces del zaguán y la escalera, sin apagarlas del todo: el Hermano obedeció sin manifestar la menor extrañeza, y fué luego a arrodillarse a la capilla, según la orden que del Superior había recibido. Entonces vió a éste sentado en un rincón cercano a la puerta, con las manos metidas en las mangas e inclinada la cabeza.

Hallábase la capilla formando un ángulo recto con la habitación del P. Antonio, y daban ambas piezas a una estrecha antesala en que desembocaba la escalera. Podía, por lo tanto, percibirse desde cualquiera de ellas todo ruido extraordinario que en la otra resonase, sin que fuese posible oír de modo alguno lo que dentro se hablaba. El P. Antonio había colocado una estampa de papel del Sagrado Corazón al pie del crucifijo que pendía sobre su reclinatorio; la puerta del aposento estaba de par en par; ardía sobre la mesa un quinqué de petróleo, y el religioso, pausado y sereno como siempre, paseaba de arriba abajo rezando el rosario.

Al sonar las once, se oyeron en la escalera pasos rápidos y firmes: el P. Superior se arrodilló entonces, y mandó al Hermano entre-abrir un poco la puerta de la

capilla. El P. Antonio bajó rápidamente la luz del quinqué, y fué a sentarse en un sillón, al lado del reclinatorio. Resonaron al fin aquellos pasos en la estrecha antecámara, y a los débiles reflejos de la luz medio apagada, pudo el P. Antonio distinguir la sombra de un hombre de elevada estatura, que penetraba en el aposento cerrando detrás de sí la puerta.

Diez minutos después, de repente, y sin que le precediese rumor alguno, sonó un tiro dentro del aposento. El Padre Superior se lanzó de un salto a la puerta, y sacudiéndola violentamente, gritaba:

—¡Padre Antonio!..... ¡Padre Antonio!

Acudió a estos gritos desalado el otro Padre; y el Hermano Domingo, sin inmutarse ni decir palabra, dió luz a la lámpara de la antesala, y echó la llave a la puerta de la escalera. Entreabrióse entonces la del cuarto del P. Antonio, y asomó el rostro de éste, pálido, pero sereno como siempre.

—¡No es nada, Padre!—dijo en voz baja. ¡Retírese por María Santísima!.....

—¡De ningún modo!—exclamó el Superior empujando la puerta; más el P. Antonio le cogió fuertemente por un brazo, y le dijo con tal acento, que el Superior no se atrevió a insistir.

—¡Por las llagas de Cristo!.....—Retírese, Padre..... ¡no estorbe un prodigio de Dios!

Los tres religiosos volvieron de nuevo a la capilla y se arrodillaron a la puerta, con el oído atento y llenos de sobresalto. Pasó entonces más de una hora sin que

se oyese rumor alguno. Inquieto siempre el Superior, levantóse de nuevo y se acercó calladamente a la puerta; más retiróse en seguida. Había oído el rumor de sollozos entrecortados, y el suave cuchicheo de dos personas que hablaban en voz baja.



III

AL entrar el hombre en la estancia, vióle el P. Antonio con algún recelo cerrar la puerta tras sí, echando el cerrojo por dentro. Arrodillóse después en el reclinatorio, y voz en baja, pero inteligible, comenzó a rezar el *Confiteor*. Entonces extendió el Padre la mano para bendecirle, y dijo aquellas palabras: *Dominus sit in corde tuo, et in labiis tuis, ut rite confitearis omnia peccata tua* (1).

Mas en el mismo instante alargó aquel hombre una mano sin variar de postura, y agarró al Jesuita por el cuello: al mismo tiempo sacó, de debajo del carrik que le cubría, un puñal y una pistola, y apuntándole esta última al rostro, dijo en voz baja:

—¡Si te mueves, te pego un tiro!

El P. Antonio se quedó aturdido: aquella mano que le apretaba la garganta como una tenaza, le impedía pronunciar palabra, y extendió maquinalmente las suyas para apartarla.

—¡Quietos!—dijo el hombre, dándole tan brutal tirón, que le arrancó tres botones de la sotana; y acercando su rostro al del Jesuita, sin cesar de apuntarle, preguntó:

[1]—Esté el Señor en tus labios y en tu corazón, para que confeses debidamente todos tus pecados.

—¿Dónde están los papeles que te dió H** hace dos días?

El P. Antonio hizo un esfuerzo para contestar, y el hombre aflojó un poco lo mano.

—Nadie me ha dado papeles,—dijo entonces con voz sofocada.

—¡Embustero!—exclamó el hombre, golpeándole la cabeza contra la pared. Antes de morir te entrego un paquete de cartas!

—Eso no es cierto,—replicó el Jesuita, que iba ya recobrando su calma.

—¡Ladrón, hipócrita!—rugió el hombre, poniéndole en las sienes el cañón de la pistola; ¡si no me las das mueres!

—¡Ni las tengo, ni aunque las tuviera las daría!—replicó el Jesuita con firmeza.

El hombre lanzó una especie de rugido de rabia, y agarrándole por los cabellos, le bajó la cabeza para hundirle el puñal por la cerviz.

—¡Espera!—gimió con angustia el Jesuita.

El hombre creyó que el terror le hacía sin duda a der, y se levantó, soltándole del todo. El P. Antonio se puso también de pie, y extendió hacia él sus manos temblorosas.

—¡Diez minutos, por Dios!—le dijo. Cinco minutos para hacer un acto de contrición..... para encomendarme a la Virgen Santísima, que es mi madre..... ¡y tu madre también, desdichado!.....

El hombre retrocedió un paso sorprendido; y cual si aquel bendito nombre hubiera despertado en él la vergüenza, la duda y la amargura, murmuró con un acento en que todo esto se hermanaba:

—¿Mi madre también?.....

—¡Sí!—respondió el Jesuita, que notó la emoción del miserable. ¡Tú madre también!..... ¡y la mía, y la de Cristo, que te pedirá cuenta del crimen que vas a cometer!.....

El hombre pareció agitarse en la oscuridad como si patease de rabia, y empujó rudamente a su víctima en el reclinatorio, diciendo:

—¡Reza cuanto quieras!..... ¡pero calla!..... ¡calla!.....

El P. Antonio cayó de rodillas en el reclinatorio, y apretó contra su pecho la imagen del Sagrado Corazón, con la fé, con el amor y la esperanza del justo que se dispone a morir..... Tan sólo Dios puede explicar lo que sucedió entonces: es lo cierto, que mientras el Jesuita oprimía contra su corazón el Corazón Sagrado de Cristo, y a dos pasos de la muerte, le ofrecía la vida que iba a perder, por el perdón del asesino que se la arrancaba, el furor de éste se apagó cual una tempestad a que faltan de repente los vientos que la desencadenaron; abriéronse sus ojos hasta desencajarse, como si la mansedumbre del religioso le pareciese cosa sobrenatural; y la gracia de Dios, traspasando en aquel momento su corazón de hierro, trajo a sus labios uno de esos sollozos que llenan de júbilo al cielo, porque anuncian que un pecador vuelve a la casa de su padre. Este sollozo llegó a oídos del P. Antonio, y creyendo que ya

su verdugo le avisaba para morir, levantóse blanco cual un sudario, pero perfectamente tranquilo. Vió entonces que lejos de herirle el asesino dejaba caer al suelo el puñal y la pistola, y echando atrás la cabeza, y llevándose ambas manos a los ojos, exclamaba con voz sorda:

--¡Padre, perdón ¡perdón por María Santísima!.....

Un tiro escapado de la pistola al caer, resonó al mismo tiempo, y a poco se oían los gritos del Superior y los golpes que en la puerta daba. El P. Antonio permaneció un momento inmóvil, sin saber qué partido tomar: el hombre se había abrazado a sus rodillas gimiendo angustiado:

--¡Padre,—por María Santísima, no me pierda, que tengo diez hijos!.....

—¡Hermano de mi corazón!—exclamó el Jesuita, levantándole en sus brazos. ¡No temas!..... ¡que yo te pondré en salvo!..... ¡te lo juro!

El hombre se dejó caer como una masa inerte en el reclinatorio, y entonces fué cuando el P. Antonio entreabrió la puerta para alejar al Superior. Al verse de nuevos solos, el Jesuita extendió maquinalmente la mano hacia el quinqué para levantar la luz: detúvose, sin embargo, por un movimiento de delicadeza, recordando el secreto que a aquel hombre le convenía guardar con respecto a su persona. Mas adivinando éste el pensamiento del religioso, la levantó él mismo de un golpe, y arrancando la pantalla y tirándola lejos de sí, exclamó con violencia:

—¡Míreme cara a cara, Padre!..... ¡así verá qué rostro tienen los asesinos! Y arrojando al suelo una gorra de pieles que traía, rompió a sollozar.

Era un hombre de alta estatura, seco, de color cetrino, cuyas espesas cejas ocultaban casi por completo unos ojos negros y vivos, que asomaban en el fondo de sus órbitas hundidas como dos víboras a la entrada de sus madrigueras: llevaba barba sin bigote, y sus cabellos grises le colgaban en lacios y despeinados mechones. Un carrik gris le cubría por completo, y conocíase que iba por debajo de él perfectamente armado. El P. Antonio lo estrechó de nuevo en sus brazos, y con suaves palabras de perdón y de confianza consiguió al fin tranquilizarlo. Entonces aquel hombre desalmado, que aun en medio de las profundas y santas emociones que le agitaban dejaba escapar soeces interjecciones que revelaban la inveterada costumbre de usarlas en su lenguaje, refirió al Jesuita la historia de la infernal trama que contra él habían urdido las logias. La cristiana muerte del jefe de ellas en brazos del P. Antonio las había alarmado: suponían que le habría revelado al morir los criminales manejos en que antes había tomado parte, y resolvieron asesinarle para asegurar con su muerte el secreto de sus planes. Las cartas que le había reclamado no existían: era un ardid de que se había valido para aterrarlo, y obligarle a confesar por sorpresa si poseía algunos documentos. La pistola era sólo para amenazarlo y defenderse en caso de apuro:

la muerte había de dársela en silencio, hundiéndole el puñal de cierto modo particular por la articulación de la cerviz, y huyendo luego en un coche, guiado por otro masón que le esperaba al extremo de la calle. Habíase él mismo ofrecido a llevar a cabo el asesinato, por el rencor que guardaba a los Jesuitas desde que, bajo la dirección de uno de ellos, había profesado en un convento la mayor de sus hijas, sin que pudiesen apartarla de su vocación ni ruegos ni amenazas. Los datos acerca de la distribución de la casa, número y costumbres de los Padres que la habitaban, los había proporcionado otro masón, cuyo nombre dijo: era una persona sumamente conocida, que visitaba a los Padres con frecuencia, pertenecía a varias cofradías, y confesaba a veces con el P. Antonio. Esto horrorizó más al Jesuita que el mismo crimen del otro miserable. También se había confiado a aquel la redacción de la carta, encargándole le diese cierto tinte devoto, cuya exageración fué justamente lo que despertó las sospechas del P. Superior. Cómo había desistido de su crimen, en vano procuraba explicarlo el desgraciado: decía que, sin saber por qué, sintió el corazón hacérsele pedazos al ver al Jesuita arrodillarse en el reclinatorio sin proferir una queja, y que la imagen de su hija querida se le representaba en aquel momento arrodillada también ante un altar, pidiendo al Señor la salvación de su alma.

—¡Ella, ella es la que me ha salvado!—decía el infeliz, escondiendo entre sus manos su desencajado rostro, y dando rienda suelta a unas lágrimas que quizá no acudían a sus ojos desde los lejanos días de la infancia.

El P. Antonio aprovechó estas palabras para despertar en aquel hombre la idea que deseaba: díjole que los deseos de su hija no quedarían satisfechos si no lavaba su alma en el tribunal de la Penitencia; y con ese tacto y esa destreza que el Espíritu Santo infunde al hombre de Dios que se pone en sus manos, fuéle poco a poco elevando de lo humano a lo divino, de lo terreno a lo sobrenatural, del amor de padre al dolor del pecador contrito, consiguiendo al fin que allí mismo, sin dilación de ningún género, confesase a sus pies todas las culpas de su vida entera. Ofrecióse a ayudarle, y le ayudó en efecto, a hacer el examen de conciencia; y dos horas después el pecador se levantaba limpio, y la víctima vestía al verdugo, en nombre de Jesucristo, la blanca estola de la gracia!

Entonces le preguntó el P. Antonio, cómo pensaba escapar de las asechanzas de las logias. El hombre no pareció preocuparse mucho.

—Per ahora, dijo, el mismo coche que me espera me pondrá en salvo; después, ya buscaré medio de salir para siempre de compromisos.... Lo único que le pido es, que procure por dos días no mostrarse para nada en público.

El P. Antonio prometió que así lo haría, y bajó con él la escalera acompañándole hasta la puerta; desde allí escuchó el rumor de sus pasos, que se perdían a lo lejos, y oyó el ruido de un coche que arrancaba a galope.

Jamás supo el P. Antonio quién era aquel hombre, ni volvió nunca a tener noticias suyas. Tan sólo a los tres meses recibió un paquete que le enviaba de Liverpool: en él venía una especie de gran medalla dorada y un pergamino. Consistía aquella en una escuadra y un compás cruzados en forma de rombo, y pendía de una rica cinta de seda azul, que sirve hoy de lazo a la llave del sagrario en cierta iglesia de la Compañía. El pergamino, con diversos sellos y dos matices de tinta, azul y negro, traía rascados los nombres propios y las fechas (1); se encuentran al presente sobre la mesa de quien escribe estas líneas, y dice de esta manera:

A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

A todos los masones regulares

Salud, Fuerza, Unión.

Nos Vener.: Dign.: y Ofici.: de la R. L.* n.*
constituida bajo los auspicios de la M.: R.: G.: L.:
Simb.: de* para*

Certificamos, por la presente, que nuestro querido y digno H.* natural de* de* años de edad, y de profesión* es *Maestro Masón* de buena reputación y querido de todos nosotros.

[1]—En la presente copia hemos suplido los claros del original con este signo*.

Pos lo tanto, lo recomendamos como tal a todos los hh. en todas las partes del mundo, prometiendo la mayor gratitud y reciprocidad por las atenciones que por él hubieren.

Dado y sellado en la Cámara del Medio de esta R. L. en el Or. de* a los 20 días del mes de*

A. L. 58* y del Señor 18*

El Ven. M. G. B. Tualler gr. 14.

El 1.^{er} Vig. F. O. M. Thales gr. 3°

El 2.^o Vig. J. G. A. Balmes gr. 14.

El Tes. J. E. C. Aman m. m.

El Or. E. T. A. Roger de Aunel gr. 16.

El 1.^{er} Exp. J. M. C. Espartero gr. 3°.

El Sec. Guarda Sellos M. M. T. Homero gr. 3°.

(Por el reverso).

Sit Lux, et Lux Fuit.

Nos Josué gr. 33°. Gr. Maestro de la Muy R. G. Logia Simb. de* para*

Certificamos: Que el diploma de la vuelta, ha sido legal y legítimamente otorgado a nuestro muy q. h.*

y que las firmas que lo autorizan son las que usan y acostumbran el Ven.º. Mtro.º. Dign.º. y Ofic.º. de la R.º. Logia* de nuestra dependencia.

Or.º. de* el día 15 del mes de* A: L: 58* y del Señor 18*

El M.º. R.º. Gr.º. Mtro.º.

G.º. T.º. J.º. Josué Gr: 33.

El Gr.º. Secr.º. Gda.º. Sellos.

América 2º Gr.º. 14.

FIN

